

va York se adelantan á recibir los buques; el que tenga el número que traiga la barca se hace dueño de la cantidad reunida.

—¡Bravo! gritaron á una voz diversas personas.

—¿Qué tan cerca nos hallamos de Nueva York? preguntó uno.

—Tardaremos en llegar dos ó tres días, respondió el Comisario; pero la barca del piloto debe llegar esta tarde ó mañana.

—¡Magnífico! exclamó el Padre Navarro. Vamos á tomar nuestras acciones.

El Comisario procedió á formar la lista, que muy pronto quedó llena de nombres, faltando por apuntarse otras varias personas que lo solicitaban. Se formó otra lista para hacer dos rifas.

El contento se comunicó bien pronto á todos los pasajeros y se manifestó en todos los semblantes. Tres días de navegación era ya muy poca cosa. Los mareados que no habían salido de su postración, se reanimaron. La tertulia de por la noche estuvo de lo más concurrida y alegre.

Al otro día, como á las once, estando la mayor parte de la gente sobre cubierta, gritó el intérprete Galano:

—¡Señores, la barca del piloto!

Todas las miradas se fijaron en la dirección que indicaba el intérprete. Todos los anteojos se dirigieron hacia el rumbo señalado.

—¿Qué número trae la barca? preguntaron muchos á la vez.

—No lo veo todavía, decía uno.

—¿En dónde ha de traer el número? preguntaba otro.

—En la vela, respondió el Comisario.

—Ya lo ví, dijo un peregrino, que veía con unas brújulas marinas de mucho alcance. Es número 6.

—No, gritó en ese momento un tercero, es 9.

El Comisario tomó las brújulas y dijo en alta voz:

—Es nueve, señores.

—¡Mi número! exclamó lleno de contento el señor cura Valenzuela.

—¡El mío! gritó una de las señoras americanas.

—¡Que viva el número nueve! gritaron varios. ¡Que viva el Padre Valenzuela!

—Ahora tomaremos buen Champaña, dijo el Padre Navarro al presenciar la entrega que del dinero hacía el Comisario al agraciado.

—Sí, sí, dijeron otros muchos; que se gaste el dinero en Champaña.

Armóse con este motivo una deliciosa gresca al Padre Valenzuela, que no terminó sino hasta que al concluir el almuerzo, se vió obligado á mandar servir el codiciado vino.

Al levantarnos de la mesa, fuimos informados de que el piloto había llevado consigo periódicos americanos de recientes fechas; fuimos á registrarlos con avidez. Hacía casi tres semanas que no teníamos noticia de lo que pasaba por el mundo. El primero que ojeamos fué el "World", de Nueva York; dimos con una sección consagrada á México, en la que como es de suponerse, fijamos de preferencia nuestras miradas. ¡Horror! ¡Vimos consignada la espantosa catástrofe de León! El río salido de madre en una gran creciente, inundando la ciudad; millares de casas destruidas; innumerables personas ahogadas; incontables familias en la orfandad y en la miseria; la República entera consternada. Tal era el triste resumen de una correspondencia telegráfica que insertaba el diario neo-yorquino. Horrible impresión nos causó la lectura de aquella relación. Esta clase de impresiones no pueden ahogarse dentro del pecho; es necesario comunicarlas á los demás. Con el periódico en la mano corrimos al *Smoking* á dar conocimiento de lo ocurrido á nuestros compatriotas. Todo el gozo que hacía un rato había desbordádose en aquella amable reunión á la noticia de la llegada del piloto, se trocó en amargura y en tristeza. Los comentarios fueron desconsoladores. Pensamos en el grupo de peregrinos leoneses que habíamos dejado en Europa; el señor Canónigo Velázquez, el Padre Gutiérrez, D. Carlos Carpio y su familia. ¡Tal vez iban á encontrarse sin hogar y acaso habiendo perdido á sus amados deudos! La fatal nueva corrió de bo-

ca en boca, y ya no se habló de otra cosa que de la terrible catástrofe de León. El duelo de nuestra Patria se había comunicado instantáneamente al grupo de mexicanos que nos hallábamos reunidos á bordo del "Bolivia." En tales circunstancias puede apreciarse en todo lo que vale el amor patrio.

Una densa niebla apareció al otro día envolviendo á la embarcación: no se veía nada á cincuenta metros. Los que nos hallábamos en la popa, no distinguíamos el puente, situado casi en el centro del buque. Así caminamos todo ese día y el siguiente. Redoblábanse las precauciones para evitar un choque de fatales consecuencias. Nos hallábamos casi en las aguas de Nueva York, muy frecuentadas por embarcaciones que entran y salen del puerto. De día y de noche se hacía una cuidadosa vigilancia. El Capitán pasó en vela dos noches sucesivas en el puente.

Amaneció el 28 de Junio. El piloto anunciaba que llegaríamos á Nueva York antes de mediodía. Todo el mundo hacía sus preparativos para el desembarque. Al disiparse la niebla comenzamos á ver tierra americana. Ya no podíamos dudar que llegábamos al término de nuestra navegación. Hacía 22 días que saliéramos de Nápoles.

Repentinamente se nos presentó D. Vicente Palacios.

—¿Ya sabe usted lo que dice el piloto? nos dijo con acento triste.

—¿Qué dice? señor D. Vicente, le interrogamos con calma.

—Que vamos á sufrir cuarentena en Nueva York. Sabe Dios cuántos días nos van á tener estos americanos sin llegar al puerto.

—No veo motivo, señor D. Vicente, para que nos sujeten á cuarentena. Estoy informado de que la patente del buque está limpia. Las ligeras enfermedades que hemos tenido á bordo no son de las que pueden poner en peligro la salubridad pública.

—Pues á mí me ha dicho el intérprete, insistió D. Vicente, que cuando menos van á tenernos en cuarentena ocho días.

—Yo le aseguro á usted que no pasaremos por tal cuarentena ni mucho menos.

Aun cuando no dábamos siempre importancia á las aprehensiones de nuestro amable compañero, en esta ocasión quisimos averiguar lo que tuviesen de fundado, y hablamos con el Capitán y con el Comisario. Nos dijeron que el piloto había referido que las comisiones de sanidad de Nueva York estaban muy escrupulosas y exigentes con los buques de procedencia italiana, porque se decía que había comenzado á reinar el cólera en la Península; pero que se proponía el Capitán ocurrir á la dirección de Sanidad, para hacer tales explicaciones, que darían por resultado el que no fuésemos detenidos.

—Lo que creo más probable, nos dijo el Capitán, es que si decretan la cuarentena será para los italianos, y de ninguna manera para los mexicanos, á los cuales cuando mucho sujetarán á fumigaciones.

Esta opinión del Capitán nos tranquilizó, y arreglado nuestro equipaje, subimos á cubierta para observar las maniobras y estar á la mira de lo que sucediera. Distábamos dos ó tres millas del puerto. Hallándonos cerca de la barandilla, cubriéndonos de la lluvia debajo de una de las lanchas suspendidas, vimos un buque de tres palos, de nacionalidad francesa que venía atravesando la bahía en dirección oblicua á la recta que llevaba el "Bolivia." Ya venía muy cerca de nosotros aquella embarcación que navegaba á todo vapor, y observamos que se iba á interponer en nuestro camino. En ese momento oímos un fuerte pitazo de la máquina del "Bolivia." Era el aviso que daba el Capitán al buque francés para que virase ó se detuviese. Otro y otro pitazo cada vez más fuerte y prolongado, y el vapor francés seguía su marcha. Ibamos á ser embestidos. El "Bolivia," aun virando violentamente, no podía evitar la colisión; solamente deteniéndose uno de los dos vapores escaparíamos del peligro. Al verlo tan inmediato, movidos por el instinto de la conservación, corrimos sobre la cubierta en dirección contraria á la que traía el vapor francés; no habíamos reco-

rrido cinco metros cuando comprendimos nuestra alucinación: en esos momentos el Capitán del "Bolivia" hacía ejecutar instantáneamente una maniobra difícilísima; ordenó dar contra-vapor, y el *steamer* se detuvo instantáneamente. Por fortuna navegábamos contra la corriente de las aguas. El buque francés pasó como exhalación delante de la proa del nuestro á cincuenta metros de distancia; un momento que se hubiera perdido, habríamos quedado sepultados en la bahía de Nueva York. Pocos espectadores había tenido esta terrible escena entre los pasajeros del "Bolivia:" la lluvia tenía á todos encerrados en los departamentos interiores. Nos alegramos; dando á la vez gracias á Dios por habernos librado de un peligro tan inminente.

Una hora después, serían las nueve de la mañana, la comisión de sanidad entraba á bordo del "Bolivia." El Capitán, el Comisario y el médico recorrieron el interior de la embarcación en compañía de los comisionados. Fué ordenada inmediatamente una fumigación en los departamentos inferiores. En seguida el Capitán y el Comisario saltaron á tierra; entretanto el buque había sido anclado. No habrían transcurrido dos horas y vimos acercarse un vaporecito remolcador. Mientras echaban la escala, un americano dijo en voz alta al oficial primero que se hallaba junto á nosotros.

—Que desembarquen los mexicanos. Respecto de los emigrantes italianos esperen órdenes.

Esta noticia llenó de contento á los peregrinos, quienes corrieron á sus respectivos departamentos para recoger sus equipajes. Entretanto llegó otro vapor pequeño y subieron á bordo varios individuos vestidos de uniforme; era la Comisión de la Aduana. Instalóse en el salón del comedor y se nos ordenó que uno á uno de los peregrinos llegásemos á hacer la declaración de los efectos que traímos, y debieran causar derechos. Se nos dieron unas boletas que nos serían recogidas al llegar á tierra.

No tardamos en ver llegar al "Bolivia" otro remolcador: era el que debía conducirnos al muelle de la Compañía propietaria del buque. Sobre cubierta distinguimos á nuestros

excelentes amigos Spinetti y otros empleados del Hotel América. Minutos después les estrechábamos en nuestros brazos y entregábamos nuestros equipajes á las personas que nos indicaban. Media hora transcurrida y nos hallábamos en el almacén del muelle. Allí nos recibió un grupo de caballeros y de damas decentemente vestidos: eran los comisionados de la Aduana para registrar los equipajes. Ellos nos tomaron por su cuenta á los hombres, y las damas se encargaron de las señoras. A decir verdad, fuimos tratados con singular comedimiento, y la operación del registro no nos causó más molestias que las indispensables. A nadie le cobraron un céntimo de derechos. Antes de una hora, los comisionados habían terminado su tarea, y quedamos libres para dirigirnos á los alojamientos que el solícito y activo Spinetti nos tenía preparados. Nosotros nos hospedamos en el Hotel América en compañía de unos cuarenta compatriotas; el resto de los excursionistas fué conducido á otros hoteles más baratos.